

El necesario retorno del sistema capitalista al paradigma inicial de comportamiento ético del “próspero buen burgués”

UNA DE LAS CONSECUENCIAS MÁS

evidentes y generalizadas de la crisis económica por la que atraviesa la mayor parte de los países en los que predomina el sistema capitalista –**consecuencias que, a su vez, en algún momento del proceso de la crisis se convierten en causa de su profundización y de la extensión de su amplitud**– reside en la pérdida de confianza por parte de los usuarios del sistema financiero en las entidades del ramo. Fue lo que aconteció en la fase inicial del proceso, y posteriormente sobrevino la pérdida de confianza, por parte de la ciudadanía y las demás instituciones de índole económica del sistema, públicas y privadas, en la que se incluye –**quizás, la más preocupante de todas**– la pérdida de confianza en las instituciones económicas que contribuyen a conformar el Estado de derecho.

La confianza está en la base, en el origen de las instituciones que sirven de apoyo al funcionamiento de las economías de mercado. Basta recordar el origen de los centros financieros en los siglos XVI y siguientes, que nacieron y florecieron en los puertos del Mediterráneo y del mar del

Norte. Ahí se efectuaban las principales y más intensas transacciones comerciales de la época, cuando los navegantes de los mares por entonces conocidos traían de ultramar las mercancías que se transaban en esos puertos y depositaban en las casas de finanzas, que gozaban de su confianza, el producido de sus expediciones, las cuales parcial o totalmente las podían haber financiado los mismos banqueros que recibían y operaban el producido de éstas.

Un proceso similar estuvo en el origen de la actividad de los seguros, hoy actividad todopoderosa, que se inició con los seguros marítimos. Éstos respondieron a la necesidad de mitigar y repartir los riesgos de naufragio y de incidentes que producían averías en las mercancías transportadas. El sustento original de tales seguros residía en la confianza mutua que había entre armadores, comerciantes y navegantes. Esta actividad aseguradora, basada en una mutualidad de confianza, floreció de manera especial en los puertos de Inglaterra en los siglos XVI a XVII.

El sistema de democracia representativa, tal como se practica en la actualidad en la mayor parte de los países de

Occidente, tanto en los de mayor desarrollo como en los denominados países emergentes, funciona gracias a la confianza que mayoritariamente dispensa la ciudadanía en órganos electorales del poder público más o menos complejos. Estos órganos electorales preparan, realizan y promulgan los resultados de las elecciones, eventos en los cuales los ciudadanos, agrupados por lo general en partidos o movimientos políticos, expresan sus preferencias e inclinaciones relacionadas con el papel y con las funciones que debe tener y asumir el Estado; en las elecciones los ciudadanos también escogen, en forma directa o mediante mecanismos indirectos, a las personas que tendrán a su cargo las tareas rectoras en las principales ramas en que suele dividirse el poder público.

En la agitada crisis por la que hoy atraviesan los países del mundo llamado occidental, se observa un claro contraste entre la profundidad de la crisis de confianza que aflige a las instituciones financieras y la permanencia de una esperanzadora confianza en los mecanismos de funcionamiento propios de la llamada "economía de mercado", los cuales continúan gozando de expresiones de reiterada confianza política. Igual cosa ocurre con el respaldo de la confianza política de la que, en forma muchas veces más sólida y consensuada, siguen disfrutando las instituciones democráticas. Esta confianza política se ha manifestado en múltiples acciones y declaraciones. Como ejemplo de ello puede señalarse el hecho de que inicialmente en Estados Unidos y en el Reino Unido, y luego en los demás países de la Comunidad Europea, al igual que también en Canadá y en Australia, e incluso en varios de los principales países emergentes, los poderes legislativos han respondido, quizás con algunas tardanzas más o menos justificadas, a las iniciativas y propuestas originadas en los responsables del poder ejecutivo. Estas iniciativas y propuestas, aunque aparentemente se relacionan con medidas económicas, constituyen en el fondo actitudes y decisiones de carácter eminentemente político.

Así mismo, puede citarse lo acontecido después del agreste debate que se presentó durante la campaña electoral en Estados Unidos, donde una vez concluida la contienda, el candidato republicano derrotado ofreció su apoyo y expresó su solidaridad al candidato triunfante en una tarea impostergable, que se convirtió así en tarea de la nación entera, tarea que consiste en la búsqueda y puesta en ejecución de medidas que conduzcan de inmediato a la superación gradual de la crisis en curso.

Igualmente, debe señalarse cómo en todos los procedimientos de ayuda a las entidades financieras que han atravesado por gravísimas dificultades, la colaboración de los gobiernos que han comprometido cientos de miles de millones de dólares o de euros en las áreas de salvamento, no ha estado supeditada, en ningún caso ni en ningún país, a la nacionalización de las entidades socorridas. En ciertas ocasiones, las autoridades financiadoras han exigido como

requisito para la entrega de los fondos de salvamento el retiro de ejecutivos con clara responsabilidad en los peligrosos malabares ingenieros para, por ejemplo, apalancar nuevos proyectos en empresas o proyectos que ya estaban a su vez apalancados en otros. Fue el caso emblemático de Lehman Brothers, entidad que con un dólar de los accionistas, comprometido como capital de riesgo, sustentaba estructuras ficticias hasta por 30 veces el

valor del dólar de respaldo. También exigieron el retiro de aquellos ejecutivos beneficiarios en desmedidas proporciones de las bonificaciones asignadas a resultados anuales de aquellos frágiles conglomerados.

En ningún caso, los gobiernos que han prestado su colosal e inusitada colaboración a las entidades financieras que habían perdido su principal patrimonio, la confianza depositada en ellas por los inversionistas, han intentado asumir o intervenir en la operación rutinaria de las entidades socorridas.

Se observa un claro contraste entre la profundidad de la crisis de confianza que aflige a las instituciones financieras y la permanencia de una esperanzadora confianza en los mecanismos de funcionamiento propios de la llamada "economía de mercado".

A diferencia de lo que sucedía generalmente en el pasado, las estructuras básicas de la economía de mercado, aunque reguladas por un Estado que limita su intervención en ellas a la promulgación de normas regulatorias, se han respetado. Con excepciones obvias, como es el caso de lo acontecido en Argentina donde un Estado caracterizado por su alejamiento progresivo de los fundamentos de la economía de mercado ha tomado posesión de las entidades administradoras de los fondos de pensión, causando confusión, deserción y desvalorización en aquellas entidades administradoras.

Hasta el presente puede afirmarse que, en medio de la turbulencia de la crisis actual, se han preservado fundamentos esenciales de la economía de mercado; por otra parte, en el mundo económico hay un rechazo generalizado a "las innovaciones" artificiosas practicadas por algunos grupos protagónicos que, obnubilados por la atracción de la ganancia fácil, idearon mecanismos y procedimientos llenos de riesgos extremos y vulnerables en grado sumo, como lo han demostrado los hechos. Estas gentes traicionaron la confianza de los inversionistas y conformaron un tipo de capitalismo absolutamente desviado de los comportamientos éticos de la burguesía del capitalismo clásico, comportamientos éticos que han tenido un fundamento inamovible: la buena fe con que deben actuar todos los operadores de la actividad económica. Aquel tipo de capitalismo ha muerto.

En sus orígenes, el sistema capitalista, justificó la "ganancia", noción contraria a los principios del cristianismo imperantes en forma absoluta hasta la época de la Reforma protestante. En aquella época germinal del sistema capitalista, la generación de riqueza era una actividad legítima y ejemplarizante, que tenía como principal objetivo el logro de un bienestar terrenal para el generador de riqueza, para su familia, para su comunidad y para su entorno. Cuando el capitalismo

del "próspero buen burgués" evolucionó hacia una escala superior y se convirtió, también, en capitalismo corporativo, la **ganancia** siguió teniendo como justificación la bienandanza de la empresa misma, la satisfacción de las legítimas necesidades y aspiraciones de sus propietarios y la búsqueda del bienestar de la colectividad, bienestar que debe conjugarse con el que disfrutaban los individuos que integran la comunidad.

La **confianza**, el bien que hay que reconquistar en el proceso complejo y difícil de superación de la crisis actual, confianza que es el patrimonio que más celosamente hay que preservar en aquellos países y sectores que aún la conservan, como es el caso de las instituciones propias de la democracia representativa, tiene como su adversario natural y principal, el engaño. Es el engaño, por ejemplo, lo que en gran medida ocasiona la descomposición de los gobiernos populistas, que suscitan con el engaño una confianza ficticia, transitoria y autoritaria.

La ausencia de **engaño** se conoce en el lenguaje moderno del Estado democrático de derecho como la "buena fe". La **buena fe** es uno de los pilares **éticos** en que se apoya todo el conjunto de la estructura y de la arquitectura del Estado de derecho.

En sustancia y en conclusión, sin el fundamento ético que se denomina **buena fe**, que es la ausencia de engaño, y que es la que genera, alimenta y le

da presencia y permanencia a la **confianza**, no es posible concebir un sistema de democracia capitalista, generador de estabilidad, de realizaciones y de progreso para las comunidades y países de todos los órdenes y latitudes, y para su disfrute por parte de los individuos que son el sustento que da vida y que moviliza, para bien o para mal, esas comunidades y países.

Para lograr que los individuos actúen en un sentido positivo y creador, parece necesario remozar la legendaria y paradigmática figura del "próspero buen burgués". **P**

En el mundo económico hay un rechazo generalizado a "las innovaciones" artificiosas practicadas por algunos grupos protagónicos que, obnubilados por la atracción de la ganancia fácil, idearon mecanismos y procedimientos llenos de riesgos extremos y vulnerables en grado sumo.